

ALGUIEN LLAMA A LA PUERTA

Alguien llama a la puerta. Se quién es y tengo miedo.

He encontrado este disco en un cajón, escondido, entres las pertenencias de mi madre, inerte, fría, lila...

Siempre ha sido así, pero ahora más, porque está muerta...

La cara de ese hombre, de colores saturados a pesar del tiempo... muy ye-ye, muy popero...

En la fotografía del cajón de las bragas de mi madre tenia otro color, más saludable, menos mod...más natural...bueno, al fin y al cabo posaban entre trigales bañados por el sol naranja de los atardeceres otoñales de la meseta castellana...

Mi madre entonces reía, era joven, era roja, era fuego y alegría...

Luego cambió. Ahora se por qué. Se volvió un ser siniestro. Lo que por alguna extraña razón confiere a los adultos cierto grado de misterio a la vista de un niño.

A mi primo y a mi nos gustaba entrar a escondidas en su habitación cuando se iba al economato. Zala se asomaba al balcón para verla santiguarse y confirmar que se alejaba en dirección al mercado.

A pesar de que intuíamos que el peligro se alejaba solíamos estar en guardia cuando salseábamos en todos sus cajones. Hablábamos bajo, sin entender que ésta era una de las formas más claras de llamar la atención de la abuela, que parece que solo sabía dormir con sonido background...

Zala y yo no dejábamos ni un cajón por inspeccionar... encontrábamos bragas, rosarios, camisones, ropa oscura, olor a alcanfor, más ropa oscura, alguna camisa blanca, sábanas blancas con las dobles amarillas, medias a las que había que cogerles la carrera...

Estábamos siempre alerta, como si alguien nos respirara sobre la nuca... Un día fatal, en un descuido, cuando ninguno de los dos vigilaba ¡ella apareció!

Aparco por un momento su color ceniza y se puso morada. Mimetizó a la perfección con aquel entorno lleno de furia, amenaza, rabia, agresividad contenida...

¡Parecía uno de los cofrades de la hermandad del Nazareno!

Zala y yo en un intento desesperado por huir nos escondimos bajo la cama...sudábamos, el corazón nos latía, sentíamos miedo, nos apretábamos las manos, sentíamos que la cara nos iba a explotar, pero no se por qué extraña razón, aquel nos parecía un lugar seguro....

Mi madre y su esbirro malvado y somnoliento arrodilladas a los pies de la cama, introducían a golpes el mango de la escoba y el atizador de alfombras. Reían como hienas, golpeaban con toda la saña que les dejaban la artritis y la torpeza que se adquiere a partir de cierta edad...

En la segunda fase de nuestra huida gloriosa corrimos hasta la puerta, contra la que luchamos durante un rato hasta comprobar que el seguro esta echado...

Entonces hicimos lo único que nos restaba por hacer, nos arrinconamos, nos agachamos hechos un nudo, apretamos nuestras manos y nuestras mandíbulas y, llenos de rabia, aguantamos el chaparrón de aquellas dos brujas.

Siguen llamando a la puerta, es Zala, camina despacio y mira con algo de desprecio a mi madre muerta. Parece que no entiende como durante tantos años hemos podido sentir pavor de aquel ser tan pequeño, gris, seco, pellejo...

Le enseño la portada del disco. Le sorprende comprobar que es el mismo hombre del cajón.

-Es mi padre.-Le digo- Pondremos su música en el funeral. ¡Que se joda la vieja!